

LA "CRISIS" DEL ESTADO DE BIENESTAR

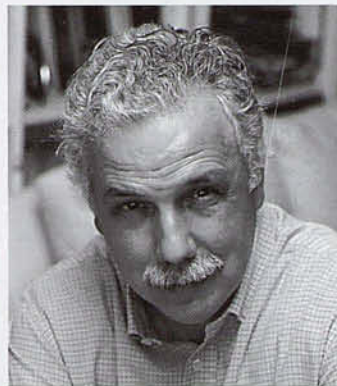
FRANCESC ROCA PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Es posible establecer un cierto paralelismo entre emergencia del Estado de bienestar y construcción de Estados democráticos. Mientras el sufragio es censatario, el Estado de bienestar es inexistente. Cuando el sufragio se hace universal (primero, masculino y adulto; más tarde, femenino; finalmente, joven), los partidos que pretenden representar los intereses de las mayorías incluyen en sus propuestas la financiación —y, por consiguiente, la universalización— de la seguridad social.

En realidad, se produce un encadenamiento de procesos: un cierto ritmo de crecimiento económico hace posibles —y estables— las democracias avanzadas, las democracias crean los Estados de bienestar, el bienestar social tiene una influencia positiva sobre la marcha de la economía, ya que jóvenes, mujeres, enfermos, parados, pensionistas y jubilados pueden convertirse en "sujetos económicos": se amplía, pues, la demanda efectiva. Los países que han ido por delante en las políticas de bienestar, han sido aquéllos donde crecimiento económico y libertades democráticas se han impulsado mutuamente; es decir: los países del centro y norte de Europa. El gran instrumento de financiación del Estado de bienestar es la imposición sobre la renta personal. Es necesario que la renta crezca para que ese impuesto tenga sentido.

Naturalmente, hay otras opciones: la cotización a un fondo y la suscripción de pólizas de seguro privadas. Históricamente, la cotización —voluntaria u obligatoria— es la primera opción. Pero se limita a determinadas empresas o sectores. No es universal. Sólo cotizan los que cobran un sueldo. Ni los campesinos, ni las mujeres, ni los jóvenes, ni los pequeños empresarios lo hacen. Cotizando a mutuas, cajas, institutos, se pueden llegar a cobrar pensiones y jubilaciones, pero difícilmente se podrán construir hospitales, escuelas, viviendas, centros de acogida y espacios de información. Los seguros privados individuales son buenos (no siempre) para los que los suscriben y (sobre todo) para las grandes compañías de seguros. Pero ni los niños, ni los jóvenes, ni los discapacitados, ni los que sufren largas enfermedades, ni las personas de la tercera edad, tienen posibilidades económicas suficientes para asegurarse privadamente.

¿Por qué se habla, en la década de los noventa, de "crisis" y no se hablaba en la década de los setenta, cuando la crisis económica fue realmente importante? En 20 años, los cambios han sido considerables. Las nuevas tecnologías tienen dos caras: por un lado, han



significado mejoras en la producción y una disminución del trabajo rutinario; por otro, han significado la presencia del paro. Y el aumento de paro frena los aumentos salariales, pero dispara la demanda de protección. En 20 años, el volumen y la intensidad de uso de los servicios sanitarios, escolares, culturales, asistenciales e informativos del Estado de bienestar se han multiplicado, porque ha crecido la conciencia (individual y colectiva) de que era posible vivir más y en mejores condiciones; con menos dolor.

Al aumento de la demanda no le ha correspondido un aumento simultáneo de la financiación. Las clases medias, seducidas por la "revolución conservadora", prefieren pagar menos impuestos (y pagar, en cambio, más primas, más médicos, más vigilancia privada, más sesiones al psicoanalista: prefieren el guarda de seguridad al policía municipal, el jardín privado al parque público). Si los ingresos del Estado de bienestar no aumentan, deben disminuir los servicios. Es la "crisis". Pero no es una crisis inexorable, inevitable, imparable. Es el fruto de la decisión de no pagar más, y de votar a los partidos que dicen que no harán pagar más, que es mejor la solución individual, privada.

Ahora bien: a medio plazo, en la medida en que las clases medias se extiendan, a causa de la fuerte movilidad ascendente (que el Estado de bienestar, justamente, hace posible), la "crisis" irá desapareciendo, pues de nuevo todo el mundo estará interesado en proteger a los jóvenes, enfermos, accidentados, discapacitados, ancianos, ya que ni el mercado ni las familias pueden hacerlo dignamente.

Cataluña ha participado, de forma especial, en la construcción del Estado de bienestar. El fundador y primer director del estatal Instituto Nacional de Previsión (INP) fue el catalán Josep Maluquer i Salvador, quien recogió aportaciones diversas: desde el regionalista Enric Prat de la Riba hasta el socialista Antoni Fabra Ribas. El INP dio autonomía a sus estructuras: en Cataluña, la gestión de los seguros públicos se encargó, entre 1910 y 1939, a la Caixa de Pensions (dirigida sucesivamente por Francesc Moragas y Josep M. Boix).

El franquismo rompió el convenio y centralizó el INP. Hasta la transición democrática, el Estado de bienestar fue débil. Se amplió lentamente, intentando satisfacer una demanda social creciente. De 1975 a 1995 ha crecido fuertemente, impulsado por las fuerzas políticas catalanas y españolas. Aquí y ahora, la crisis no es una crisis de madurez: es una crisis de crecimiento. □